

Domingo 7º. Tiempo Ordinario. Año A

Lectio divina sobre Mt 5,38-48

Pocos pasajes evangélicos, si es que alguno, presentan con tanta claridad las radicales exigencias que Jesús propuso a sus discípulos como este final de Mt 5. El texto recoge una de las más insólitas enseñanzas de Jesús, uno de sus preceptos menos prácticos o, mejor dicho, uno de los menos practicados: el amor al prójimo totalmente gratuito y sin límites. Gratuito e ilimitado ha de ser un amor que se da a aquel que no se lo ha merecido, que nos ha ultrajado, que todavía nos es enemigo. Y si la exigencia es inaudita, la recompensa no puede ser más alta: el discípulo que ama a quien no le ame se parece a Dios; imitando la perfección de su Padre que está en los cielos, se comporta como corresponde al hijo de un Dios, que es perfecto en su amor.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³⁸Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente." ³⁹Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; ⁴⁰al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; ⁴¹a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; ⁴²a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehuyas. ⁴³Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. ⁴⁶Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? ⁴⁷Y, si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? ⁴⁸Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto."

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

No habría que olvidar que el texto es parte de un discurso más amplio. Jesús ha reafirmado la validez de la ley (Mt 5,17-18) mostrando, con ejemplos, cómo ha de ser cumplida, *al pie de la letra*, es decir, leyendo en cuanto dice lo que en realidad quiere Dios (Mt 5,21-48). Jesús se presenta, pues, como exegeta no de la ley sino de la originaria voluntad del Legislador; explica la ley mejor que los escribas, porque conoce bien, y mucho, a Dios.

En nuestro texto, Jesús toma postura frente a la ley del talión y explica de forma inaudita el precepto del amor al prójimo; continua formulando su pensamiento en forma antitética y extrae consecuencias apenas concebibles. La ley del talión, por más inhumana que hoy nos parezca, representaba un gran avance jurídico: obligaba a que el resarcimiento fuera idéntico a la ofensa. Jesús no piensa lo mismo: no basta con no pasarse en la justa venganza; recurrir a la violencia, por lógico que parezca, priva de razón al discípulo de Jesús; antes hay que ceder en los propios derechos que intentar restablecerlos con violencia. La 'justicia' que Jesús pide no es la que desea nuestro corazón, ni hace posible la justa convivencia entre los pueblos. ¿Con qué derecho se nos puede pedir no hacer frente al agravio, presentar la otra mejilla a quien ya nos ha maltrato, o evitar el pleito concediendo más de cuanto se nos esté pidiendo?

Que Jesús exige lo imposible queda aún más evidente en el precepto del amor al enemigo. No se trata ya de amar al hermano o al prójimo; hay que hacer del enemigo un prójimo amado, si se desea merecer el reconocimiento de hijo por parte de Dios. Devolver el saludo o amar al amante, por no ser nada fuera de lo normal, no es digno del cristiano: quedarse en ello lo haría un pagano más y el Dios de Jesús contaría con un hijo de menos. Quien desee lo extraordinario, ser hijo de su Dios, tendrá que actuar de modo no ordinario: amando a su enemigo. No se puede pedir más; tampoco espera menos Jesús de los suyos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

En el discurso de la montaña Jesús proclamó algo tan extraordinario como que el reino de Dios estaba próximo: Dios iba a enseñorearse del mundo y de los corazones de los hombres que le esperasen. Por lo mismo, y sólo por eso, exigió a cuantos le creyeron y anhelaban el reinado de Dios un comportamiento extraordinario: al Dios perfecto se le esperaba trabajando en la propia perfección. El Dios de Jesús quiere que sus fieles copien su modo de ser; no pide menos. Vive bajo su soberanía quien vive dominado por su modo de amar a los hombres: se es su súbdito teniéndole como modelo y meta del propio comportamiento. Quien desea ser reconocido como hijo ha de ser copia fidedigna del Padre. Y lo logra, si, como El, amando sin medida, a todos, gratuitamente.

Y es que para Jesús el amor ha de ser siempre extremo, sin límites ni excepciones: sus discípulos, si quieren ser hijos de su Padre, no devuelven el mal recibido ni excluyen al que se lo hace. De sernos posible, tal amor cambiaría nuestras vidas y nuestro mundo; porque, bien mirado, ni siquiera entre nosotros, discípulos de Jesús, semejante amor es

realidad. La ley del talión si ya rige nuestras relaciones humanas, pues no lo permiten las leyes civiles, manda aún - ¡y cómo! – en nuestros corazones. Seguimos considerando que al delito debe corresponder un castigo, que la ofensa ha de ser reparada con una pena no menor; y cuando esto no sucede, cuando quien la hace no la paga y quien nos ha ofendido sale indemne, nace el odio en el corazón, la ‘sed de justicia’. Siempre podemos odiar al que no podemos castigar; ésa es nuestra revancha; el odio al enemigo nos da una cierta satisfacción, restablece el equilibrio roto por la ofensa.

Y es que, aunque cristianos, vivimos en una sociedad que ha hecho de la venganza justicia y de la represalia mesurada el fundamento de las relaciones interpersonales. Y nos hemos acostumbrados a confundir la justicia que hace nuestra bien organizada sociedad con el amor que nos debemos como cristianos. Como no logramos estar a la altura del querer de Dios, como no sabemos amar como El nos ama, nos disculpamos teniendo enemigos y sintiéndonos ofendidos: creyéndonos menos amados, nos excusamos de amar; acusando a los que nos ofenden, nos liberamos de tener que perdonarlos. Los enemigos nos sirven así para justificarnos ante Dios por nuestra incapacidad de ser como Él; nos liberan – eso creemos – de la fatiga de ‘imitar al Dios’ que hace salir su sol sobre buenos y malos.

Jesús, con su evangelio, desmonta nuestras excusas y nos condena: quien no ame al prójimo, por antipático que le caiga o – incluso - aunque le haya probado ya su enemistad, no puede ilusionarse con asemejarse a su Dios. Sólo un amor que alcanza hasta al enemigo, - nuestro enemigo no es quien nos hace mal ni quien nos odia, sino aquel a quien no podemos amar o perdonar y olvidar la ofensa -, es el que cumple el mandato de Jesús a sus discípulos. Jesús - no lo olvidemos - no preguntó a los suyos si estaban dispuestos a amar sin venganza ni recompensa, sin distinción, se lo impuso sin importarle mucho lo mucho que les costaría. No tuvo en cuenta nuestras ‘razones’ ni nos dejó en libertad para cumplir o no: quien no lo intenta, no será considerado ni su discípulo ni hijo de su Dios.

Nos dio, eso sí, una buena razón: *sólo quien ama tanto se parece un poco a Dios*. El amor al prójimo, amigo y enemigo, compañero o perseguidor, repite el comportamiento de Dios, que no espera que seamos ya buenos para querernos ni deja de amar a los que no lo quieren. Sólo es filial el cariño que refleja el amor paterno. Sólo es divino el amor si no es amor propio. Y es egoísta, cuando se limita a amar a quien ya se ama o a quien se quiere amar. El amor propio niega a Dios, que es un Padre amante, y niega al prójimo, que tiene derecho a esperar ser amado, al menos por cuantos se dicen seguidores de Jesús.

Amar sin exigir ser antes amado, creando el bien allí donde se nos ha negado, negándose a responder con violencia si se la ha sufrido, condescendiendo con quien nos exige más de lo debido, respetando a quien no nos ha respetado, amando al enemigo, no es que sea difícil - ¿cuándo fue fácil amar al amigo o al amado? -, es que es, si no imposible del todo, sí, al menos, muy raro entre nosotros. No en vano la liturgia nos ha hecho pedir a Dios, antes de oír su Palabra, que la meditación asidua de su doctrina nos facilite cumplir cuanto le complace; sin la ayuda de Dios, una ayuda tan extraordinaria como su precepto, nos será imposible imitarle.

Pero no es menos cierto que, sin imitarle de cerca, no se nos acercará a nuestra vida: vivimos quejándonos de que Dios nos ha dejado, de que ya no nos quiere como antes o, al menos, no nos lo muestra con tanta evidencia; nos deberíamos, más bien, preguntar si no tenemos abandonado a Dios en un rincón de nuestras vidas, si no hemos dejado de tener su querer como quehacer diario, si no hemos dejado de mostrarnos ante el mundo, ante amigos y enemigos, como aquellos discípulos de Jesús que tanto quieren a su Dios que quieren a los hombres como Él, sin distinción ni límite, gratuitamente.

Ponerse a hacer un mundo menos violento y hacer nuestro corazón menos egoísta es la forma de hacerse, paso a paso, hijos de Dios y discípulos de Jesús. Y el hecho de que nuestra sociedad sea cada día menos solidaria y más rica, más libre y menos fraterna, más igualitario y más inhumana, hace tanto más necesario, cuanto menos ordinario es hoy, el amor cristiano: ¿cómo es posible que seamos los creyentes los ciudadanos que solemos pedir mayor justicia, quienes más insistimos en el rigor del castigo, quienes menos dispuestos estamos al perdón y al olvido? ¿Por qué no empezar nosotros a perdonar a quien nos ofenda, si todavía no podemos amar al que nos odia? Si los cristianos en esta sociedad seguimos comportándonos como hasta ahora, ¿valdrá la pena seguir siéndolo, sin nada nuevo, difícil, extraordinario que ofrecer?; ¿encontrará Dios hijos en esta tierra, que hicieron de su querer a todos tarea de sus vidas?

Es probable que todos nosotros ya lo hemos intentado alguna vez; y es casi seguro que no lo hemos conseguido del todo: ser buenos con quien no lo ha sido con nosotros es, lo sabemos por experiencia, muy penoso, si es que resulta posible. La exigencia de Jesús nos obliga a reconocer nuestra incapacidad y, en consecuencia, nos da un nuevo motivo de oración. Roguemos a Dios que implante en nuestro corazón su querer, su capacidad de perdonar: que nos haga sus hijos, para que logremos ser hermanos de todos; que nos proporcione la capacidad de amar, que El mismo exige a los suyos. Pidámosle que nos haga suyos, dándonos su amor, primero, como vivencia gozosa y, después, como tarea posible.